

EL ANARQUISMO

DE BAKUNIN A COHN BENDIT



Por **JUAN ALDEBARAN**

ANARQUISMO: una ideología muerta, abandonada, que reaparece en el mundo. En los muros de la Sorbona, durante el mayo francés, los estudiantes escribieron algunas de sus más brillantes consignas. En algunas barricadas se clavaron las banderas negras. Los editores se apresuran a lanzar las obras de Babeuf, de Proudhon. Incluso de Nietzsche, cuya exaltación febril del individuo y su poder tuvo algo de relación con alguna forma del individualismo anarquista, antes de tenerla con el nazismo. Prende también en los «snobs», en los que buscan la moda política, la última idea, el último movimiento. Resucita a los viejos supervivientes de las antiguas federaciones, que ven de pronto cobrar formas reales a su nostalgia. El anarquismo apenas es el anarquismo: es los anarquismos y, sobre todo, los anarquistas. La definición del Congreso de Londres suponía que anarquistas eran «todos los que se pretenden anarquistas y se comportan como tales» (1958). El de Carrara ha sido más complejo, ha tratado de buscar definiciones más estrechas, más concretas. Ha terminado mal.

TODO GOBIERNO ES MALO

En Carrara está el único monumento del mundo levantado a la gloria de un anarquista, el del hombre que ayudó a mejorar las condiciones de trabajo de los

obreros de las canteras. Había otro en Bruselas, en recuerdo de Francisco Ferrer Guardia, el maestro anarquista español fusilado en 1909, pero lo derribaron los nazis alemanes cuando ocuparon Bélgica durante la II Guerra Mundial. Carrara tiene tradición libertaria y ha sido elegida por ello, para darse un baño de tradición, por los organizadores del congreso mundial del anarquismo. La coexistencia de los viejos exiliados del mundo con los jóvenes estudiantes neanarquistas ha sido explosiva. Hay un terrible hueco de generaciones abierto por el enorme lapso durante el cual el anarquismo se dio por perdido. No hay continuidad entre jóvenes y viejos. Hablan de dos mundos distintos.

Anarquismo: la idea de que todo gobierno es malo. «La acción del hombre sobre el hombre es perjudicial en sí misma», decía Saint Simon, para quien no podía haber más acción útil del hombre que la ejercida «sobre las cosas». Algunos anarquistas llevaron tan rigidamente la limitación de su poder a «las cosas» que se volvieron vegetarianos, porque los animales no eran cosas, y también porque la exaltación del individuo en la Naturaleza se magnificó hasta el punto de una proclamación exaltada del higienismo. Vegetarianos, desnudistas, caminantes. En algunos «hippies», en algunos «beatniks», caminando descalzos entre las flores, despreciando la leve sospecha de lujo, vestidos de harapos y durmiendo en las plazas públicas o en las cunetas de las carreteras se pue-

den observar vivencias anarquistas. La autodesposesión es una forma de la libertad, y la libertad es la piedra angular del anarquismo. «Mi libertad es mi dignidad de hombre», decía Bakunin.

UN GIGANTE DE CABEZA LEONADA

Bakunin era un gigante de cabeza leonada, de movimiento incesante. El mundo le venía estrecho. Tuvo una visión profética de la revolución rusa, que iba a ocurrir más de cincuenta años después de su muerte: «En Moscú se romperá la esclavitud de los pueblos subyugados por el cetro ruso y la de todos los pueblos eslavos, y todos los esclavistas europeos se encontrarán enterrados en sus propios escombros. Del océano de sangre y fuego surgirá en Moscú, elevada en el cielo, la estrella de la revolución que será guía de los pueblos». Sólo que la revolución de Rusia se hizo en nombre de quien fue el más encarnizado adversario ideológico de Bakunin, Marx, quien, por su parte, profetizaba que la revolución empezaría en Alemania. Y es que Bakunin era ruso y Marx era alemán, elementos nacionalistas que resultaron de cierto peso en estos internacionalistas convencidos —aparte de los análisis científicos de Marx sobre el proletariado industrial—. Bakunin era hijo de un noble ruso, diplomático y liberal. Su primer paso en la vida fue el tradicional en su clase y su po-

sición: la escuela militar de San Petersburgo, en la que duró poco tiempo. Dimitió teniendo ya grado de oficial de artillería y se lanzó al estudio de la filosofía, a una cierta vida bohemia y a los saltos de fronteras. Berlín, París, Londres. Otros saltos más tremendos iba a dar después. Cuando sus actividades revolucionarias en Alemania —compañero de ellas, el músico Richard Wagner, años más tarde favorito de Hitler: el nazismo se desarrolló con su música de fondo— le llevaron a la cárcel, Alemania lo entregó a Rusia y el zar lo envió a Siberia, de donde se escapó hacia el Japón, los Estados Unidos, y luego Londres. Antes de esta aventura Bakunin había estado en las barricadas de la Comuna de 1848. Después, en la insurrección de Polonia de 1863. Al mismo tiempo escribía libros, panfletos, artículos, y pronunciaba discursos. Se declaraba «enemigo personal de Dios», como parte de su lucha contra las alienaciones del hombre. La pieza clave de su ateísmo: «Si Dios existe, el hombre es un esclavo. Pero el hombre puede y debe ser libre. Luego Dios no existe». El Estado venía en segundo lugar, porque el Estado es «una consecuencia de la religión». Es un instrumento de esclavitud. Por lo tanto, hay que proceder a su «destrucción inmediata». «Día y noche (el revolucionario), no debe tener más que un pensamiento, más que un objetivo: la destrucción más implacable. Trabajando fríamente y sin descanso, debe estar dispuesto a perecer él mismo y a hacer pere-

cer por su mano todo lo que se opone a esa acción». Pero, ¿se puede vivir sin Estado? «Quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva y social de abajo a arriba, por el camino de la libre asociación, y no de arriba a abajo, por medio de cualquier autoridad, sea cual sea». Para ello hay que «destruir todo lo que existe, sin distinción, ciegamente». De esta idea al terrorismo directo, a la bomba anarquista, no hay más que un paso. Uno de los pasos más decisivos lo daría más tarde Sergio Nietcheiev, estudiante moscovita, de frente nublada por el fanatismo, forzado como sus compañeros a la acción violenta contra la cerrada tiranía absolutista de los zares.

BOMBAS, AMOR Y FILOSOFIA

Nietcheiev da el nombre a una temporada rusa de conspiración, bombas, amor y filosofía, temas tremendamente novelescos que impresionan directamente la retina de un escritor de su tiempo, Dostoievsky. Esa temporada, esa conspiración, es la «nietcheievstina». En las manos de los conjurados no sólo está el arma explosiva sino todas las armas posibles. Es una guerra total. Se puede calumniar a las personas que ejercen el poder, se las puede matar. Se puede robar. Se puede hacer causa común con ladrones

y bandidos, porque ellos se revelan contra unas leyes que están hechas para la opresión. Desde el momento en que la ley es un instrumento de una clase que detenta el poder, todos los que no pertenecen a esa clase están fuera de ley y todo lo que hagan contra ella estará justificado. En los últimos años de su vida, exiliado en Suiza, viviendo a costa de sus discípulos, perseguido por sus acreedores, Bakunin veía en Nietcheiev una imagen de lo que hubiera querido ser él mismo. Tuvieran una entrevista patética en 1869, y se dice que el «Catecismo revolucionario» que llevaba Nietcheiev en el bolsillo cuando fue detenido estaba redactado por Bakunin. Bakunin murió a los sesenta y dos años en Suiza. El joven Nietcheiev murió seis años más tarde, destrozado por diez años de prisión en la fortaleza de San Petersburgo.

LOS PACIFICOS

Pero antes que estos personajes trágicos hubo unos personajes tranquilos. Godwin, Stirner. Antes aún, unos precursores. Babeuf (1760-1797) lanzó la «Conspiración de los Iguales». Pretendía una «igualdad real», una igualdad social, y no política ni jurídica. El reparto de las tierras, el trabajo obligatorio, el reparto equitativo del producto nacional,

el colectivismo integral. Fue guillotinado por Carnot; al pie de la guillotina intentó suicidarse con un puñal, para demostrar su última voluntad de tomar una decisión libremente. Proudhon (1809-1864) escribió que «El grado mayor de orden de la sociedad se expresa por el mayor grado de libertad individual, en una palabra, por la Anarquía». Imagina la nación —el mundo— como una reunión de comunas libres, libremente federadas, se enfada con el pueblo porque odia la masa tanto como cree en el individuo. El Estado se apoya en la Iglesia y en el Dinero; todo ello, dice, hay que abolirlo. Agrias polémicas con Marx. A su «Filosofía de la Miseria», Marx responde con otro libro, «Miseria de la filosofía». Vida triste: pobreza desde la infancia a la muerte, una sucesión de cárceles, basadas sobre todo en su frase considerada inmediatamente como delictiva, «la propiedad es el robo». Otras frases: «El gobierno del hombre por el hombre es la esclavitud», «No más partidos, no más autoridad, libertad absoluta del hombre y del ciudadano». «El taller reemplazará al gobierno». Godwin: un pastor protestante —calvinista— que cuelga la levita por haber leído a Rousseau y llora de emoción por la Revolución francesa, pero que se casa en secreto para no desmentir su frase de que el matrimonio es la peor de las

leyes y la peor de las propiedades, que se hunde en la tristeza cuando su hija —que luego escribiría un «best seller» mundial, «Frankenstein»— se une al poeta Shelley sin matrimonio religioso. Godwin inaugura el «anarquismo racionalista». «Todo gobierno es un mal, es la abdicación de nuestro juicio y de nuestra conciencia», y «mientras alguien esté prendido en las redes de la obediencia y esté acostumbrado a medir sus pasos por los de cualquier otro, su razón y su inteligencia estarán inevitablemente dormidas». La propiedad no es mala solamente para quien no la tiene sino también para el rico, a quien priva de «los mejores y más poderosos resortes de la actividad». Max Stirner: no se llamaba así, sino Johann Gaspar Schmidt, pero encontraba su nombre demasiado vulgar. Un buen teólogo, profesor en un colegio de hijas de burgueses y aristócratas, existencia gris y mediocre, muerte en la miseria. Pero teorías que prenden. La libertad es el individuo. Nada hay fuera de él. No hay necesidad de destruir al Estado porque el Estado no existe: es un mito. La Sociedad tampoco existe. Existe «Mi verdadero Yo», con mayúsculas. La «asociación» es su fórmula, una «federación de individualidades autónomas», concepto que presenta como contrapuesto al de Sociedad.

El día 9 de diciembre de 1893, Vaillant, un anarquista francés, arrojó una bomba en el anfiteatro del Palais-Bourbon, la Cámara de Diputados de la República Francesa. No hubo muertos. Vaillant no lo buscaba: sólo quería llamar la atención sobre la corrupción del gobierno. Fue condenado a muerte.



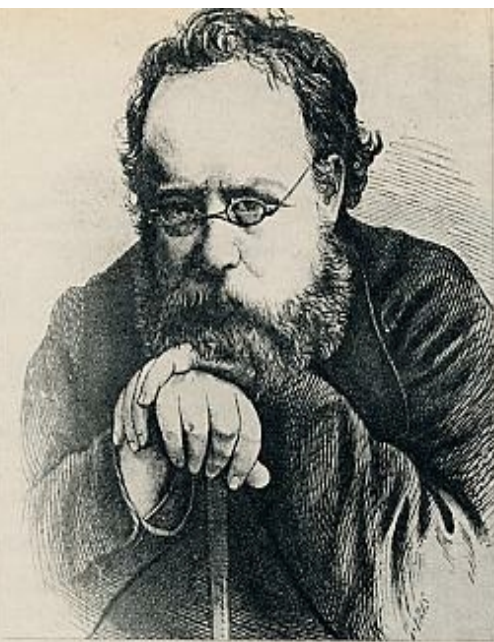
Cuando Engels se refiere a la ideología anarquista, he aquí cómo la explica: «Stirner ha dejado algo interesante, a pesar de que Bakunin le haya mezclado con Prondhon y que haya bautizado a esa amalgama "anarquismo"». La amalgama aparece con fuerza en la I Internacional. Dos tesis frente a frente: la centralización del movimiento obrero, propuesta por Marx, defendida y sostenida por él y los «socialistas», y la federación, la asociación libre que sostiene Bakunin y los «anarquistas». Bakunin y otros anarquistas resultan excluidos del movimiento internacional, y crean sus federaciones. Hay un reparto geográfico. Los socialistas, los marxistas, los comunistas, los centralistas, se van hacia el Norte, se implantan en él. Los anarquistas, al Sur. Las tres federaciones más importantes son la española, la italiana y la jurasiana. En España, el centro está en Barcelona, se extiende hacia Aragón y Valencia.

LOS ESPAÑOLES

El anarquismo español nace directamente de Bakunin. Fue él quien envió a España un emisario para predicar, convencido de que España era una tierra virgen, donde no se conocía el socialismo. Su enviado debía ser Eliseo Re-

clus, geógrafo y naturista, cuyos escritos tendrían gran influencia en los españoles, pero no pudo venir y designó a su hermano Elías. Finalmente, portador del mensaje fue el italiano Fanelli. La «visita de Fanelli» es una efemérides histórica entre los anarquistas españoles. Era un hombre «alto, con expresión amable y seria, una espesa barba negra y grandes y expresivos ojos negros», como le describiría más tarde uno de los primeros anarquistas españoles, Anselmo Lorenzo, testigo de la llegada de Fanelli. Animados por un vago federalismo, por un sentimiento de obrerismo difuso y, efectivamente, sin contacto directo con el socialismo ni con Marx,

los revolucionarios españoles se enamoraron del anarquismo. En 1869, González Morago —extraña contradicción a la española, hijo de carlista y con profundos sentimientos religiosos, se adhirió al anarquismo porque le pareció religioso, y mantuvo una entrañable correspondencia con Bakunin, el «enemigo de Dios»— fundó la Sección Española de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Madrid —poco después se fundaría en Barcelona—. Su primer periódico fue «La solidaridad» —Madrid, 1870—: su mejor y primer periodista, Anselmo Lorenzo. En un par de años, el movimiento anarquista español contaba con veinticinco mil miembros. Pronto



Proudhon (1809-1864), escribió: «El grado mayor de orden de la sociedad se expresa por el mayor grado de libertad individual, en una palabra, por la Anarquía».

se unió un joven tipógrafo llamado Paulino Iglesias, que después cambiaría su nombre por el de Pablo Iglesias y su anarquismo por el socialismo, cuando la escisión de las dos ramas de la internacional comenzó a aparecer —otro viajero fue el origen: Paul Lafargue, yerno de Marx, secretario para España de la Internacional, cargo en el que le sucedería Engels—. Pero la delantera era del grupo de Bakunin, y también las condiciones feudales agrarias españolas. Y una tendencia antigua al regionalismo y al federalismo, que representaba Pi y Margall (grito de combate del congreso en el que se unieron los federalistas de Pi: «¡Viva la liquidación social! ¡Viva la Internationall, ¡salud, solidaridad, anarquía y colectivismo!»). Pi y Margall reanudaba las teorías de los precursores europeos del anarquismo: «Todo hombre que tiene poder sobre otro es un tirano», «puesto que no puedo evitar el sistema de votos, universalizaré el sufragio universal. Puesto que no puedo evitar el tener que contar con supremos magistrados, haré que puedan ser cambiados. Dividiré y subdividiré el poder, lo haré cambiante y conseguiré destruirlo».

Puede decirse que a partir de aquel momento el anarquismo español floreció con todas las ramas posibles y aun imposibles del anarquismo mundial. Desde las



Detención de Ravachol, 1892. A raíz de la condena de un anarquista francés, Decamp, había arrojado varias bombas sobre algunos de los que intervinieron en el proceso. Es la época «nietcheievstina»: son tiempos de «bombas, amor y filosofía», que impresionaron la retina de un Dostoievsky.

EL ANARQUISMO



revueltas comunales —escenario principal, Andalucía— hasta el sindicalismo apolítico, desde el terrorismo individual de bomba casera y pistola antigua hasta las huelgas generales organizadas, desde los más fanáticos autores de atentados hasta los santones de barba blanca, pies descalzos, correspondencia en esperanto y vegetarianismo de rigor en cada comida. Dio sus nombres al martirologio internacional anarquista, hizo brotar la sangre de los políticos conservadores, atentó contra las vidas reales, ocasionó «semanas trágicas». De ahí iban a salir personajes como Salvador Seguí —el «noy del Sucre»—, como Angel Pestaña, Durruti, Ascaso. La historia de casi un siglo de anarquismo español y de su lucha contra todo y contra todos, sus relaciones con el movimiento internacional, con la historia del mundo y la historia de España, con las ideologías; el carácter de sus personajes y de sus instituciones es tal que no cabe aquí ni siquiera un intento de su relato. Quienes aceptan la leyenda del individualismo español como rasgo de carácter nacional han llegado a decir que por esa razón el anarquismo prendió aquí con tanta fuerza. Es decir, se ha llegado a confundir el anarquismo con un rasgo de la «raza española».

Puede decirse que la revolución y guerra de España de 1936 a 1939 fue al mismo tiempo el florecimiento máximo del anarquismo, el momento de sus más terribles luchas contra todo y contra todos, el de su desintegración en sus propias divisiones y el de su desaparición en el mundo, el de su reducción a grupos de exiliados aislados, realizando esfuerzos baldíos para reconquistar las posiciones perdidas. El anarquismo había desaparecido del mundo como fuerza viva. Paradójicamente, algunas de sus doctrinas habían sido transformadas en el sentido opuesto. A través de Nietzsche, se habían ido hacia el fascismo. Ideólogos anarquistas italianos nutrieron el fascismo, y las ideas de Proudhon y de los precusores franceses fueron a renacer en el estado fascista francés de Vichy (General Pétain). Aún hoy, en ciertos tonos mesurados del General De Gaulle, cuando habla de la descentralización en favor de la regionalización, y de la participación obrera, se encuentran transfigurados ecos anarquistas. Cómo la ideología del individuo sobre todo, de la destrucción del estado, fue a parar a los sistemas de estatismo más cerrado, cómo la proclama de la libertad absoluta se residenció en las negaciones de la libertad, constituye un curioso episodio de la historia.

traño. Ciertas ideologías filosóficas de moda —la de Marcuse, el renacimiento de Wilhelm Reich, que al conciliar marxismo y psicoanálisis freudiano ha dado por sorprendente fruto un neanarquismo— entroncan con una especie de posición de falta de esperanza en los poderes y sistemas actuales, y el anarquismo reaparece como una fuerza negativa de lo que existe. Se mezcla con la revolución cultural china, con el guerrillerismo hispanoamericano y las tesis de Che Guevara y de Régis Debray, hasta el punto de que podría pensarse que el anarquismo no es sino una fuerza, una potencia, que no adquiere todo su vigor hasta que se mezcla con otras, como el agua se escapa si no está en un recipiente, aunque parezca contradictorio con su propia esencia. Lo que es difícil al anarquismo es mezclarse consigo mismo.

El congreso de Carrara es un síntoma de la dificultad de que los anarquismos y los anarquistas se conjungen en una acción conjunta. Es difícil, ciertamente, imaginar a viejos dialogando directa y tranquilamente con Rudi Dutschke o Daniel Cohn-Bendit. Se trata de resumir las experiencias del siglo, y uno de los puntos del programa previsto era «anarquismo y marxismo probados por las experiencias del siglo XX, especialmente las revoluciones, rusa, española, cubana, francesa (mayo de 1968)». Enunciado particularmente difícil, polémico, más previsto para la discordia que para la unidad.

El congreso se dividió, efectivamente, apenas reunido. Los clásicos se reunieron en un teatro, los modernos en la calle. Algunas delegaciones —dirigidas por la inglesa— se retiraron acusando a las obras de «burguesas» y de «burocráticas». Cuando un mejicano —un antiguo lugarteniente de Pancho Villa— denunció a Fidel Castro, los neanarquistas de Cohn-Bendit le gritaron que «estaba vendido a la CIA». Cohn-Bendit se explicó: «¿Que por qué nos alzamos contra este congreso? Porque está en contra de la espontaneidad que, para nosotros, es la clave de la revolución. Cuando hablamos de la relación de algunos grupos de exiliados con la CIA, sabemos lo que decimos: también la CIA intentó comprarnos a nosotros, la primavera pasada. Si seguís analizando las contradicciones entre Bakunin y Marx, hundiréis la revolución. No hay para nosotros problema entre marxismo y anarquismo. No hay más problemas que el de descubrir los métodos más radicales de la revolución». Tras esta intervención, el congreso se disolvió en grupúsculos. Unido a la falta de dinero —los delegados tuvieron que pagarse sus propios billetes: no hay fondos— este acontecimiento precipitó el final del congreso, que se disolvió sin llegar a votar ningún comunicado final... ■ J. A. Fotos: INTERFLASH PRESS, FIEL, KEYSTONE-NEMES y ARCHIVO.



El congreso de Carrara. En la tribuna, Domingo Royan, mexicano. Cuando se habló contra Fidel Castro, los neanarquistas de Cohn-Bendit gritaron: «CIA, CIA». Y Dani «el Rojo» dijo: «¿Por qué nos alzamos contra este congreso? Porque está en contra de la espontaneidad que es la clave de la revolución».

1968: MAYO Y CARRARA

La revolución de mayo en Francia y los movimientos estudiantiles en Europa y América le dan, inesperadamente, un rebrote ex-